

Betty y *El despertar de las sombras*

Ismael Pinto Vargas

Bertha Martínez Castilla: *El despertar de las sombras*
Biblioteca de Narrativa Peruana Contemporánea, Editorial San Marcos, Lima, 2007 (243 pp.)

Texto leído en la presentación del libro, el 25 de julio del 2007
Instituto Raúl Porras Barrenechea, Lima.

Sean mis primeras palabras para agradecer la irresponsable confianza de mi buena y querida amiga Betty Martínez, por haberme escogido para comentar *El despertar de las sombras*. Su atractiva y desconcertante novela en donde, como alguna vez dijo Novalis, el sueño se hace mundo y el mundo se hace sueño. Novela que, como la opera prima de Betty, *Más allá de la ventana*, transcurre, sombra entre sombras en pleno día, en ese al parecer apacible escenario que es el pueblo de Santa Rosa de Ocopa, en el bucólico valle del Mantaro,

El despertar de las sombras

es una novela insistentemente escrita con sangre de recuerdos entrañables y la voz lejana de personajes que por tan pueblerinos y locales, trascienden su propio espacio, su propia y pequeña historia. La reconstrucción impecable de un mundo provinciano, lograda en páginas memorables de acendrado lirismo. También de un simpático realismo, al mismo tiempo que impregnadas de fino, sarcástico e irreverente humor. Páginas que en su aparente independencia mantienen una perfecta correspondencia, y que conforman para nosotros, sus entusiastas lectores y seguidores, una hermosa y original novela de arquitectura impecable, que invita a su lectura sin pausas.

El despertar de las sombras

es una historia de amor. No podía ser de otra manera, ya que en Ocopa todo es propicio para el surgimiento del más viejo y maravilloso y a la vez peligroso sentimiento que puede surgir entre un hombre y una mujer: el paisaje favorable y acogedor con sus lugares secretos, umbríos, para encuentros furtivos; la noche protectora, estrellada y cómplice, llena de murmullos inquietantes; el clima sin exigencias extremas, el rumor acompasado de la lluvia y el sensual olor de la tierra mojada; la geografía urbana con sus estrechas y acogedoras calles del pueblo, con sus sumersos y secretos susurros; el templo con sus naves altas y oscurecidas que, a la luz sugerente de las velas, invita a la mirada fugaz, secreta y a veces prohibida. Y, allí, acompañando al pueblo y a sus gentes creyentes en lo eterno de lo perecedero, el convento de Santa Rosa de Ocopa, un espacio cerrado al mundo, que con adorable ingenuidad cree preservar de las acechanzas y tentaciones del mundo, del demonio y de la flaca carne, tras sus pétreos y cuatricentenarios muros, a los mortales hijos del *poverello* de Asís.

Pero esta es una historia de amor, sin ningún futuro, entre el hermoso, fugitivo y angelical varón que, como en los versos de Rubén Darío, «tiene corazón de lis / alma de querube y lengua celestial», el mínimo y dulce Iluminato, un fraile menor del convento de Ocopa que ha probado del bíblico fruto prohibido, por lo que es carcomido por el desasosiego culpable del pecado cometido, y mas aún por el sentimiento terrible de un arrepentimiento que no llega y el estremecimiento de un cuerpo que no olvida. Y, a su pesar, como inocente fruto tentador, María de los Ángeles, una suerte de Ofelia provinciana entendida en pócimas y secretas artes curativas heredadas de su madre, que perdida en sus propios ensueños busca la mandrágora en oscuras cañadas bañadas por la luz de la luna.

Y alrededor de ellos, Betty crea y recrea un simbólico teatro del mundo. Una pequeña comunidad heredera de una rica y ancestral tradición de una cultura oral que de pronto se ve turbada y amenazada por lo desconocido. Por sombras que en la noche pululan silenciosas por las solitarias calles de Ocopa, y por las extrañas fogatas en los cerros lejanos que anuncian inenarrables e impredecibles sucesos. A lo que se une la desaparición misteriosa de los jóvenes tanto de Ocopa cuanto de las comunidades circunvecinas. Asomando por allí la presencia desgarrada y querida de ese poeta que escribió en premencia terrible: *Yo no me río de la muerte / pero a veces tengo sed / y pido un poco de vida*. Si, la presencia inquietante y aleccionadora de Javier Heraud, con su romántica entrega que terminaría entre pájaros y árboles en un lejano río.

Y levantándose en ese pequeño y cerrado mundo, hasta ese momento un intocado espacio feliz, la voz de pitoniso del ciego Jeremías que, como su lejano homónimo el tronante profeta bíblico, le anuncia a la desconcertada y temerosa comunidad tiempos sin sosiego, de desazón y amargura, convirtiéndola en un espacio de hostilidad, de odio y confrontación. Siendo su contraparte, la ciencia y la razón en el logrado personaje del doctor Domingo, un simpático y amable don Juan de provincia, entregado a curar cuerpos y almas. También allí, una historia pueblerina que se va esfumando con la memoria de la señorita Sofía, e historia que se renueva en la de doña Candelaria que conserva vívidas y con sus mínimos detalles fiestas y rituales. Allí también personajes como la beata Virtudes, que atribuyéndose desconcertantes y risibles parentescos, rezaba las avemarías diciendo «Santa Maria, madre de Dios, parienta y señora nuestra».

Finalmente, *El despertar de las sombras*,

es también una hermosa defensa de un espacio amado y de su gente: la inefable Santa Rosa de Ocopa. Y no olvidemos, con la lucidez epistemológica de Bachelard, que todo espacio realmente habitado nos lleva como esencia a la noción de casa. Y la casa, el pueblo, el terruño, es uno de los mayores poderes de integración para los pensamientos, los recuerdos y los sueños del hombre. Y por haber escrito esta novela construida de sueños, ensueños y recuerdos, de sombras amables que merecen el recuerdo y la evocación, debemos agradecer, como fervorosos lectores, a Betty Martínez.

Ismael Pinto Vargas

Julio, 25 del 2007

Instituto Raúl Porras Barrenechea